

Que llegue y pídale;
Diré que sí.

Mas ¡ay! que ausente
No oye mi queja;
El impaciente
De mí se aleja,
Quizá solícito
De otra beldad.
Amor, ostenta
Tu poderío;
Pague mi afrenta
Aquel impío,
Sienta tu cólera
Su iniquidad.

X.

LA ANARQUÍA.

Monstruo que en su nacer mata al Estado,
Y le mata al morir, abriendo el trono
A la feroz espada de un soldado.

XI.

EL HOMBRE.

¿Qué es esta nada á que llamamos hombre?
El sueño de una sombra.

XII.

Oh vos, que con pié cándido,
Ninfas del bosque umbrío,
Pisais la márgen flórida
Del edetano río,
Si en el placer de un mísero
Os complacéis piadosas,
Ceñid de oliente amáraco,
Ceñid mi sien de rosas.
Y ora que el astro délfico
Fallece en Occidente,
Y que en su ausencia el Héspero
Muestra la blanca frente,
Al eco siempre armónico
De esta mi ebúrnea lira,
De quien amante el céfiro
Los cánticos suspira,
Alumnas de Tersicóre,
Soltad las crenchas de oro,
Mientras con planta métrica
Formais alegre coro.
Nice, Nice, la indómita
Al cetro de Cupido,
Abrió á mi amor con lástima
Y á mi dolor su oído.
No ya teñido en cólera,
Como lo fué primero,
Tuerce á mi triste súplica
El rostro hermoso y fiero.
Ni mi importuna citara
A enmudecer condena;
Mi citara, que intérprete
Fué siempre de mi pena.
Mas en su boca plácido
Amor abre á la risa,
La que colera el múrice
Purpúrea manutisa;
Cuando en tono dulcísimo
Le canto mi tormento,
Y esta en que arder frenética
Llama de amor me siento.

EPIGRAMAS.

I.

Á un viajero presumido.

Desde el Rubricato al Bétis,
Desde Calpe al Pirineo,
Has recorrido buscando
Plumas, presuncion y flecos.
De cada pueblo has traído
Lo peor que encuentras, Celio;
Que ésta es la suerte del que
Sale de su patria necio;
Pero di, ya que transitas
Cada un año por cien de ellos,
¿No habria un país de donde
Trajeras entendimiento?

II.

Refundidor baladí,
Bárbaro de buena fe,
Ya que refundes, ¿por qué
No te refundes á tí?

III.

¡Drama horrible! De trece personas
Mueren siete al puñal de un traidor;
Y entre tanto inocente, perdonas,
Cielo injusto, á su bárbaro autor.

LETRILLA.

AMOR MENDIGO.

Una limosna te dad
Al amor en caridad.
Niño y solo, triste y pobre,
Ando errante en bosque umbroso
Sin el arco poderoso
De que se arma mi deidad.
Caminantes, si os asiste
Compasion de mi quebranto,
Lastimaos de mi llanto,
Socorredme por piedad.
Una limosna, etc.
Mis adornos y mis armas
Es Anarda quien me quita,
Que usurpame solicita
Mi celeste potestad.
De rodillas y llorando
A sus piés pedí clemencia;
Mas ni pudo mi inocencia
Ablandarla, ni mi edad.
Una limosna, etc.
Los que fuéreis sus amantes,
Si pudiéreis encontrarla,
Sin oír la ni mirarla,
Arco y flechas le quitad.
Teman todos el estrago
Que en las almas cause horrible,
Si á mi dardo irresistible
Acompaña su beldad.
Una limosna, etc.

DON ALBERTO LISTA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

El día 5 de Octubre de 1848, á las nueve de su mañana, falleció en Sevilla el sabio humanista, profundo matemático y gran poeta DON ALBERTO LISTA, una de las más puras y brillantes glorias de la España moderna.

Esta pérdida llenó de luto el corazón de los hombres ilustrados de todos los partidos, y muy señaladamente el de los muchos que en él veían, no sólo una inteligencia de primer orden, mas también un maestro querido, un amigo á toda prueba y casi un segundo padre. Éralo, en efecto, para sus numerosos discípulos el señor LISTA; y es seguro que no hubo uno solo entre los muchos á quienes cupo la suerte de recibir sus lecciones, que no conservara en el fondo de su alma un sentimiento dulcísimo de veneracion y de cariño filial á la memoria de aquel sabio tan indulgente; de aquel hombre superior, tan sencillo y tan bondadoso, que no sabemos si debía más aún al tierno afecto que inspiraba á sus alumnos, que á la luminosa claridad de sus explicaciones, los sorprendentes resultados que constantemente obtuvo en el ejercicio de la enseñanza.

Trece años de edad contaba DON ALBERTO LISTA cuando abrazó públicamente la honrosa carrera del magisterio, fenómeno de aplicacion y precocidad, único en los anales del entendimiento humano. El dón de la enseñanza era, puede decirse, ingénito en LISTA: como habia nacido poeta, habia nacido maestro; naturaleza eminentemente expansiva y amorosa, nunca era más feliz que cuando, en medio de su cátedra, veía en torno suyo un numeroso auditorio de muchachos pendientes de sus palabras. Cátedras eran para él cualesquiera sitios en que tuviese oyentes, pues su conversacion, siempre instructiva y amena, florida y sustanciosa al mismo tiempo, rica de recuerdos clásicos y de sólida doctrina, era como un curso continuado, ya de alta moral, ya de filosofia, ó de historia, ó de literatura. Era en verdad una escena hermosa, y en la que habia algo de la sencillez patriarcal de otros tiempos, la que presentaba el sabio anciano, seguido en sus largas excursiones campestres de la inteligente y fiel falange de sus discípulos más queridos. Nuevo Sócrates (con cuyo perfil tradicional presentaba por cierto el suyo una viva semejanza), reproducia entre nosotros el majestuoso espectáculo de los pórticos de Atenas. Unas veces, en las claras noches de verano, nos llevaba á las alturas que rodean á Madrid, y nos iba explicando, sorprendiéndonos, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste y las maravillas de la creacion; otras veces, engolfándose en las cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la frescura de una imaginacion de veinte años, y á la par que nos instruía en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Frecuentemente, con el candor de la verdadera superioridad, citaba como ejemplo y autoridad sus propios versos. Como un rasgo característico de aquellas doctas conferencias, añadiremos que le gustaba alternarlas con festivos episodios. En tales ocasiones desaparecia el maestro y quedaba solo el compañero, el hermano; pero revestido siempre de la autoridad de un padre. Desde las primeras lecciones nos tuteaba á todos: no parecia sino que, en su mente, el ejercicio de la enseñanza debia establecer por necesidad entre el maestro y sus alumnos una especie de parentesco intelectual, al que él, por su parte, nunca fué infiel; y en este sentido solia decir donosamente á uno de sus mejores discípulos de matemáticas, don Alejandro Bengoechea, después catedrático de esta asignatura en la universidad de Madrid: «Tus discípulos son mis nietos.» Su memoria era prodigiosa; muy rara vez, al analizar en sus lecciones los clásicos antiguos ó los poetas modernos, ó al recordar en la conversacion algun pasaje de cualquiera de ellos, en especial de los dramáticos, necesitaba consultar el texto. Era particularmente apasionado de Virgilio entre los latinos, de Rio-

ja y Calderon entre los españoles. «Pensar como Rioja y decir como Calderon», era su divisa poética, la fórmula en que cifraba la perfección del arte. ¡Cuántos, sin duda, al leer estas líneas, recordarán con tristeza aquellos días de su juventud estudiosa, en que, como á nosotros, les era dado disfrutar del trato íntimo y familiar de su inolvidable maestro, y darian testimonio, si preciso fuera, de la verdad de estos pormenores.

LISTA es el hombre que ha ejercido mayor y más saludable influjo sobre nuestra época en España: éste es acaso su título más glorioso. Como matemático, como publicista, como literato, tiene rivales que le disputan la palma: como hombre de prestigio y de influencia sobre sus contemporáneos, como autoridad, no los tiene. Bajo este concepto, sobre todo, creemos que le está reservado un puesto muy alto en la historia de nuestros días. Ella dirá la parte que corresponde á LISTA en el mérito de nuestros estadistas y de nuestros escritores de este siglo, todos ó casi todos formados por él, y amoldados á sus máximas, á sus opiniones y á su gusto. Opuesto por temperamento ó por convicción á todo linaje de violencia y de intolerancia, lo mismo en literatura que en filosofía y en política, siempre enseñó á sus alumnos doctrinas ajustadas á una libertad racional, las mismas que brillan en todos sus escritos. En literatura, era tan contrario al rigorismo exclusivo de los preceptistas del siglo XVIII, como á la desenfundada licencia de los modernos románticos franceses. Tolerante con todas las opiniones sensatas, liberal en política, solo era inexorable con la irreligion y la anarquía. En toda clase de materias, el orden era su ídolo. De aquí su pasión por las matemáticas, que él llamaba la *ciencia del orden*, y que en este concepto, valiéndose de un paralogismo ingenioso, asimilaba casi con la poesía, que es la ciencia de la belleza, la cual, en último análisis, no es más que la armonía suprema, el orden por excelencia. No es dudoso que estas opiniones del maestro ejercieron una influencia decisiva en el ánimo dócil de sus jóvenes alumnos; á nuestro juicio, no tienen otro origen esas ideas de orden que por lo general hemos visto predominar en las cabezas de aquellos jóvenes que ya son hombres, y de los cuales hay muchos que han ocupado y ocupan en el día los primeros puestos del Estado. Por eso creemos que cuando se escriba con sana crítica la historia filosófica de nuestra época, se tomará muy en cuenta el influjo que sobre ella ha ejercido DON ALBERTO LISTA: un historiador sagaz verá en él, más que un poeta excelente, un director de ideas. Por lo tocante á nuestra historia literaria, LISTA será en ella lo que sería en la historia de las artes un hombre que uniese á los timbres del Perugino los laureles de Rafael.

Arrastrado por la corriente de nuestras revueltas públicas; precisado, como todos los hombres notables de su tiempo, á tomar una parte activa en nuestras tristes luchas de partido; alistado por fin algunas veces, aunque siempre á su pesar, bajo las banderas de la política militante, LISTA ha descendido al sepulcro á la edad de setenta y tres años, sin contar un solo enemigo; ¡privilegio inaudito en este siglo de volubles pasiones y de largos cuanto injustos rencores! Esos rencores, que no han respetado á otros nombres igualmente insignes en virtud y en letras, y que todavía velan sobre las recientes sepulturas de algunos célebres varones, lumbreras de nuestra época, se ven desarmados ante el nombre tan puro y ante la sepultura venerada de DON ALBERTO LISTA, protegidos uno y otra por el amor de toda una generación agradecida. LISTA no tenía ni podía tener enemigos, porque no sabía hacer daño, ni era capaz de aborrecer: alma sin hiel, ni aún en el duro ejercicio de la polémica periodística olvidaba un solo instante su mansedumbre nativa. Gustábanle, empero, las luchas de la dialéctica en todos los terrenos, pero sólo como un noble ejercicio de la inteligencia: era fogoso y diestro en el ataque, pero nunca se valía más que de armas corteses; nunca en las juntas políticas, á que más de una vez le llevaron la convicción y la necesidad, hizo uso de aquellas flechas mortales que llevan empapada en veneno la acerada punta. Lo mismo en las lides literarias que en las políticas, jamás mojó su pluma en el fango de las pasiones ruines. Digno y benévolo juntamente, sabía juzgar con severa rectitud, censurar sin acrimonia, aconsejar sin pedantismo dogmático, y, sobre todo, elogiar con efusión. Sus alabanzas eran poderosos estímulos, estímulos eran también sus críticas, porque no humillaban; no desalentaban al que era objeto de ellas. A este arte tan difícil y por desgracia tan raro, pero que en él no era un estudio, sino un efecto natural de su apacible condición, debió el verse constantemente fuera de esas rencillas y de esos bandos en que con harta frecuencia suele estar dividido el que ya en los tiempos de Augusto denominaba Horacio con razón, *genus irritabilite vatum*, raza por cierto no ménos quisquillosa é iracunda en nuestros días que en los pasados. Todos los literatos célebres de su tiempo fueron sus amigos. Él lloró con sinceras lágrimas la muerte de Me-

lendez, de Cienfuegos, de Moratin, de Hermosilla, de Clemencin, de Reinoso, de Miñano, de Búrgos, como hoy le llorarian ellos á él si vivieran, como le lloran los pocos émulos y compañeros de sus glorias que todavía le sobreviven.

Objeto preferente de entrañable cariño y de una especie de culto, fué para él toda su vida el sabio autor del *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria*, el dulcísimo cantor de la *Inocencia perdida*, don Félix José Reinoso, ese hombre eminente, para quien no ha empezado todavía (¡tal es nuestra injusticia!) el juicio imparcial de la posteridad. Fué Reinoso su compañero de estudios: las mismas vicisitudes corrieron en sus mocedades y en sus viriles años; la misma holgada suerte les cupo en su ancianidad; sólo que LISTA, más feliz todavía que Reinoso, ha cerrado sus ojos á la luz como los patriarcas de la Biblia, *lleno de días*, honrado y querido en su modesta medianía, dorada por la mano de un gobierno, justo apreciador del mérito. Sus despojos mortales descansan junto á las mismas hermosas márgenes del Guadalquivir que le vieron nacer. ¡Cuántas veces, al verse por fin de nuevo en aquellos sitios amados, despues de tantas borrascas, contemplaria con delicia el venerable anciano, en sus últimos años, realizado en parte para él aquel poético deseo que expresa en uno de sus más bellos romances! (1).

Unióle también desde la juventud una estrechísima amistad, nunca alterada, con el doctor don Sebastian de Miñano, cuya celebridad como escritor satírico y consumado hablita adivinó años antes de que hubiese publicado escrito alguno, y aún la anunció positivamente en una carta dirigida al mismo desde Pamplona, en Junio de 1817 (2), que original guardamos como un objeto precioso. Asociado con él y con el sabio helenista y seguro crítico don José Gomez Hermosilla, publicó desde Agosto de 1820 hasta Julio de 1822 los diez y siete tomos de *El Censor*, el periódico más importante y mejor redactado que ha existido en España. Entre los literatos de su tiempo, éstos fueron, con los señores don Juan Nicasio Gallego, don Juan Gualberto Gonzalez y don José María Blanco, pastor protestante en Inglaterra, y olvidado del país y hasta de la lengua de Cervantes, sus más íntimos amigos. Si se nos preguntase ahora quiénes eran sus discípulos predilectos, no sabriamos, en verdad, qué responder; sólo diríamos que muchas veces le hemos oído recordar con entusiasmo y con cierta especie de legítimo orgullo al malogrado Espronceda, á don Felipe Pardo, ya hace años establecido en el Perú, su patria, y á don Ventura de la Vega, á quien en punto á gala y pureza en la dición ponía encima de todos sus jóvenes compañeros y al nivel de nuestros antiguos clásicos.

Vamos ahora á dar algunos ligeros apuntes biográficos del hombre insigne á quien consagramos estas páginas.

DON ALBERTO LISTA nació en Triana, arrabal de Sevilla, el día 15 de Octubre de 1775, de padres pobres (don Francisco Lista y doña Paula Aragon), que se sostenian con una fábrica de telares de seda. Al mismo tiempo que aprendía aquella profesion, hizo sus estudios en la universidad de su ciudad natal, donde cursó filosofía y teología, y se dedicó á las matemáticas, en cuya facultad sirvió de sustituto en la cátedra que está á cargo de la Sociedad Económica de la misma capital, á la *edad de trece años*, segun ántes dijimos; todo esto sin perjuicio de trabajar en la fábrica de telares para sostener á sus ancianos padres y á su numerosa familia.

En 1796 fué nombrado profesor de matemáticas en el Real Colegio de San Telmo de Sevilla, y desde esta época se dedicó exclusivamente á la enseñanza. Fué en aquella época individuo de una academia particular de humanidades, donde se reunieron los hombres que se dedicaban en Sevilla á la amena literatura, y cuyo objeto era restablecer las ideas de buen gusto y el lenguaje de nuestros escritores del siglo XVI, restaurados en las poesías de Melendez, Moratin, Jovellanos, Quintana, Gallego y otros literatos célebres de fines del siglo XVIII. A los veinte y ocho años recibió las sagradas órdenes.

Arrojado á Francia por las tempestades políticas, y restituido á su patria en 1817, obtuvo al año siguiente, por oposicion, la cátedra de matemáticas, erigida por el consulado de Bilbao; allí empezó el curso de esta ciencia, que despues completó en Madrid, adonde se trasladó en 1820. Del año 1820 al 1823 profesó matemáticas, historia y humanidades en el colegio de San Mateo, del

(1) ¡Feliz el que nunca ha visto
Más rio que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

(2) En esta carta, interesante por muchos conceptos, leemos que por entónces se ocupaba en escribir una tragedia con el título de *Galileo*. Es la única noticia que tenemos de ella.

que salieron tantos jóvenes que despues han figurado en primera línea en todas las carreras. Uno de ellos ocupaba, al morir LISTA, un puesto en el consejo de la corona. Para uso de sus discípulos de aquel colegio dió á luz su excelente *Coleccion de hablistas* y varios tratados de matemáticas.

En 1822 publicó su coleccion de poesías, y en 1828 escribió el suplemento al Mariana y Miñano, que forma el tomo ix de la edicion de la *Historia de España* que comenzó á publicarse aquel año en Madrid. Convencido de la falta que hacia en nuestra literatura una *Historia universal*, empezó á publicar en 1829 la traduccion de las obras históricas del Conde de Segur, hasta dónde este autor la dejó, con numerosas adiciones, y la continuó hasta nuestros dias. Entre sus producciones más notables, debemos mencionar su *Curso de literatura dramática*, explicado en el Ateneo de Madrid, del que por desgracia sólo se han publicado algunas lecciones. En 1837 hizo una segunda edicion de sus poesías, en dos tomos, muy corregidas y aumentadas.

En 1838 pasó á Cádiz á dirigir un colegio; de allí se trasladó á Sevilla, de cuya santa iglesia catedral le nombró canónigo S. M. durante el breve ministerio del señor Egaña, y en cuya universidad era ya decano de la facultad de filosofía desde que se hizo el último arreglo de las universidades, siendo ministro de la Gobernacion el señor don Pedro José Pidal. Las Reales Academias Española y de la Historia le contaban en el número de sus individuos. Desde el año de 1855 estaba condecorado con la cruz de caballero comendador de Isabel la Católica.

Muy reducidas son en verdad estas líneas para tan alto asunto: otros escribirán de él con la extension debida (1). La *Sociedad de autores dramáticos*, deseosa de honrar la memoria del señor LISTA, resolvió dedicarle, entre otros obsequios, una *Corona fúnebre*, testimonio de cariñosa admiracion á uno de los hombres más sabios y más respetables que ha producido nuestra época. La *Corona fúnebre* fué publicada en Sevilla, y escribieron para ella varios de los mejores ingenios de nuestro país.

Suspendamos, pues, aquí este breve homenaje rendido á las altas prendas morales del señor LISTA: el tributo de afecto y de gratitud que le consagramos en el fondo de nuestro corazon durará en él, con su memoria, lo que nos dure la vida.

EUGENIO DE OCHOA.

(1) Nuestro ilustrado amigo (ya difunto), el señor don Francisco Perez de Anaya, realizó el vaticinio del señor Ochoa, dando á luz en el mismo año

de 1848 una extensa *Biografía del señor don Alberto Lista y Aragon*, seguida de algunas poesías inéditas del célebre escritor. (Nota del Colector.)

POESÍAS (1).

PRÓLOGO

DE LA SEGUNDA EDICION (1837).

Aplicado desde mi primera juventud á estudios sumamente serios, por la naturaleza de mis obligaciones, descansaba de mis tareas con el trato amable de las Musas, que ha sido constantemente mi consuelo en las adversidades, y mi recreo en la feliz medianía que he gozado gran parte de mi vida. Fruto de esta disposicion de mi alma son las poesías que di á luz por primera vez en 1822, y cuya segunda edicion ofrezco ahora al público.

Pero la experiencia enseña que no siempre lo que es un placer para el autor, lo es para los lectores. En mi sentir, todo el que se reconozca poseido de la inspira-

(1) Publicamos estas poesías en el mismo orden que las dió el autor en la última edicion, hecha en la Imprenta Nacional. Al fin de ellas añadimos algunas obras que no fueron incluidas en ninguna de las ediciones de LISTA. (Nota del Colector.)

cion poética debe presentar al público sus producciones cuando ya ha podido darles todo el grado de perfeccion de que él es capaz, y aguardar con paciencia y resignacion la sentencia de la parte culta, inteligente é ilustrada de la sociedad. Esperando este juicio imparcial, y no queriendo infuir en él de manera alguna, eché á volar, por decirlo así, la primera edicion de mis poesías, desnuda de toda recomendacion externa; pues aún la dedicatoria se dirigia á uno de mis mejores amigos, hombre del mérito más sobresaliente, pero á quien los sucesos políticos han separado para siempre de su patria, de tal manera, que no creí conveniente designarle sino bajo un nombre supuesto. Con el mismo le dedico esta segunda edicion, y le dedicaria mil que publicase, porque la amistad nunca debe ser un nombre vano, sobre todo para un poeta.

Dada á luz mi primera edicion, el público ilustrado, no sólo de mi patria, sino tambien de las naciones extranjeras, dió su sentencia, y fué, por fortuna mia, indulgente y favorable. Esto me ha animado á hacer se-

DEDICATORIA.

Á ALBINO (1).

La ilusion dulce de mi edad primera,
Del crudo desengaño la amargura,
La sagrada amistad, la virtud pura
Canté con vez ya blanda, ya severa.
No de Helicon la rama lisonjera
Mi humilde genio conquistar procura:
Memorias de mi mal y mi ventura,
Ropar al triste olvido sólo espera.
A nadie sino á tí, querido Albino,
Debe mi tierno pecho y amoroso
De sus afectos consagrar la historia.
Tú á sentir me enseñaste: tú el divino
Canto y el pensamiento generoso:
Tuyos mis versos son, y ésa es mi gloria.

POESÍAS SAGRADAS.

I.

LA MUERTE DE JESUS.

¿Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Si-á? Y el impío bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena;
Amor, más poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes, y el leon fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Cifó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles:
Al Santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os guía
Y en la sangre os cebais, verted la mia.
Mas ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,

(1) Don José María Blanco.

gunda edicion; pues á haber sido adverso el juicio que se hubiese formado de mis composiciones, no tengo tanto amor propio, ó quizá lo tengo demasiado, para volver á incomodar con ellas á mis lectores.

Yo no puedo juzgar de mis inspiraciones, pero sí de mi sistema poético, y así lo explicaré brevemente. Mi modelo es Rioja, y mi cuidado al componer, ha sido siempre revestir con las formas, la expresion y el lenguaje de este gran poeta los pensamientos que la inspiracion me sugeria. Esto lo he hecho en una gran variedad de asuntos, sagrados, profanos, filosóficos y amatorios.

En estos últimos he procurado imitar más bien el delirio razonado de la pasion, propio de nuestros poetas del siglo XVI y XVII, para los cuales el amor era un culto, que el derretimiento de los italianos ó galantería de los franceses, para los cuales el amor no es más que un placer.

En fin, he pugnado por reunir en la versificacion muy variada en cuanto á los metros, la valentia y fluidez de mi maestro Rioja, con el artificio admirable y generalmente poco estudiado de los versos de Calderon.

Tal ha sido mi sistema de poetizar; y en mi sentir, todo mi mérito en esta parte podrá consistir, cuando más, en ser un discípulo aprovechado de Rioja. En cuanto á la invencion de los pensamientos, ya he dicho que se deriva de la inspiracion; y de ésta no puede juzgar el poeta, porque no depende de él, sino los lectores por la simpatia que produzca en ellos.

Restame hablar de esta segunda edicion. En ella he añadido algunas composiciones, escritas ó corregidas despues de publicada la primera.

En cuanto á las ya publicadas, hubiera tenido mucho placer en suprimir algunas, cediendo al consejo de amigos inteligentes que así lo querian. Pero una consideracion, que no pertenece al arte, aunque es de mucho peso para mí, me ha obligado á conservarlas todas. Ya han visto la luz pública: buenas ó malas, ya son, por decirlo así, propiedad de la república literaria. No he creído justo defraudarla de ellas por complacer mi amor propio ilustrado con advertimientos posteriores; y tampoco es justo, materialmente hablando, defraudar á los compradores de la segunda edicion de las composiciones que contenia la primera.

Mi oda intitulada *El Triunfo de la tolerancia* ha disgustado á cierta clase de lectores: mas yo me compadezco de ellos, si su disgusto nace de creer la intolerancia civil, que es la única de que allí se habla, medio eficaz para proteger la verdadera religion. El cristianismo es el culto de la inteligencia, y la inteligencia es tolerante. Arroja de su seno á los que no creen en él; mas no los entrega ni á los suplicios ni á la espada.

He debido hacer estas advertencias al principio de la segunda edicion, aunque sólo sirvan para compensar el profundo silencio que guardé en la primera. En ésta esperaba el juicio del público: en la actual debo darle gracias por la favorable acogida que dió á mis *Poesías*, y explicarle los medios con que procuré merecerla.